

El Motorizado: una subcultura entre el barrio y la ciudad

Rafael Carías

- * **Nuestro motorizado, a caballo entre dos culturas, no pertenece plenamente a ninguna.**
- * **El sabe que en el barrio es alguien, mientras que en las calles de la ciudad es sólo un número más que tiene que luchar por su vida.**
- * **Trata de asimilarse a la ciudad a la que desde afuera conoce de arriba a abajo; pero su integración con lo moderno no pasará de ciertos límites.**
- * **Desde el barrio el motorizado despliega por la ciudad algunos signos de su cultura de origen.**
- * **La fugaz permanencia del motorizado en las urbes recuerda el pasado nómada que se perpetúa en una ciudad tenida todavía como potrero.**

El tema motorizado conduce a la simbología del mundo moderno, Nueva York, Londres, Amberes, donde la moto representa la banda de jóvenes violentos, tatuados, peligrosamente deportistas que en ritos de iniciación o en dura competencia por el liderazgo arriesgan su vida en apuestas increíbles. Debajo de las altas cachuchas o de los cascos saturados de emblemas están las cabezas de jóvenes trabajadores y empleados quienes en fines de semana sacan a relucir sus motos y corren en bandadas a lugares lejanos, solitarios y salvajes. En las grandes ciudades primermundistas la moto ha llegado a ser estereotipo de la velocidad y la audacia, algo así como un surf en tierra firme; el cuero negro que cubre el cuerpo del motorizado y la mirada tensa son tema de afiches con innumerables variaciones; las tiendas de consumo para uso de este deporte también se han abierto en abanico ofreciendo lo necesario y lo accesorio, lo perenne y lo de la moda más actual. La moto es algo que llena los sueños, impone la actualidad y lanza hacia el futuro.

Eso es en el primer mundo donde el lujo y el deporte son parte de la hora. No así en el tercer mundo. En Caracas y otras ciudades se cae este estereotipo. La moto no es un lujo sino una necesidad de un tráfico congestionado hasta la paralización; la moto no es tanto deporte como instrumento de un oficio, el transportar mensajes y repuestos, correo y medicinas con la urgencia del caso. De este motorizado profesional trataremos aquí. De este muchacho que procede de los barrios de los cerros y ejerce su oficio en el valle de la Caracas supermoderna. Montado en la moto, a caballo entre dos culturas sin pertenecer plenamente a ninguna. Su vida, tensa, nos puede revelar algo de los dos polos que mantienen distendida e insegura a la gran ciudad y que son las expresiones reales de las dos Venezuelas.

GEOGRAFIA DE BARRIO

La ciudad produce sus barrios así como un río caudaloso deja a sus márgenes malezas y escombros. Los barrios de Ca-

racas en las alturas circundantes son el nido donde ha nacido y se recoge el motorizado. La geografía del barrio, tal como la viera Aquiles Nazoa, es vertical, donde el cielo es el campo de juego de los niños en competencias de "cometas" y "papagayos" con el infinito azul de solar de fondo; las escaleras de abajo a arriba por donde sube la madre con su vasija de agua en la cabeza; casi verticales y estrechas las callejuelas fuera del alcance de las bien dotadas patrullas policiales; por allí nuestro motorizado en afán de centauro encabritado trepa levantando la parte delantera y apoyado en la rueda de atrás mientras sus amigos lo miran con admiración y orgullo. La geografía vertical del barrio es su morada nocturna; en uno de esos reductos de bloques hay un rincón para la moto detrás de la puerta, y un sitio para él que comparte con sus hermanos, sucinta habitación cubierta de recortes de periódicos con escenas de carreras de motos y fotos de los campeones; allí también hay lugar para guardar las chaquetas, y las botas que son la indumentaria para los días grandes. Barrio y habitación de barrio, nido escaso y abigarrado de ese piloto que más tarde a la luz del día surcará espacios mientras apenas se mueven las agujas del reloj.

GEOGRAFIA URBANA

Caracas regada profusamente por la renta petrolera ofrece la amplia y traslúcida geometría del cristal de los edificios en cuyas oficinas penetra el motorizado con el casco bajo el brazo para entregar y recibir despachos. Luego el encontrar la vía más rápida entre el amasijo de calles y avenidas todas llenas de vehículos, contradicción de espacio y estrechez por donde se escurre la moto salvando distancias, ahorrando tiempo en esa geografía extensa y complicada que creó la necesidad de la moto para desenredar la maraña de las vías bloqueadas de una ciudad que se hizo para los vehículos que al multiplicarse acabaron por devorarse entre sí. Geografía urbana del asfalto, del cemento, hierro y cristal. Amplitud interior. Prisión por fuera. Modernidad entabada en lo que la escueta moto es u-

na de las pocas cosas que todavía funcionan y corren.

EL MUNDO DEL BARRIO

Este medio tiene para el motorizado cierta autenticidad. Allí están sus padres y hermanos. Allí están sus compañeros con quienes habla de tú a tú. Allí están los rincones conocidos, la placita; el laberinto de recobecos que él conoce palmo a palmo. El barrio es también acontecer: la preocupación de todos por la escasez de agua, o la arremetida de ésta en tiempo de lluvias; las redadas de la policía, el día de luto cuando el ataúd es bajado escaleras abajo sobre hombros de amigos.

El barrio es un mundo pequeño, las ventanas ven, las paredes oyen. El tener moto es ya un acontecimiento. Como un niño pequeño con vestido nuevo, así, orondo, exhibe su moto el motorizado ante los muchachos y niños que lo observan.

Al acelerar contrae las facciones. En el asiento de atrás va la chama, su novia, muchacha de barrio también, y suele trabajar de vendedora en una tienda. En el barrio el motorizado es un personaje que infunde respeto, lo temen por su velocidad, lo aprecian por los servicios que presta. La moto, instrumento de trabajo, es considerada igualmente como altamente riesgosa para el que va en ella. Al respeto se une cierta preocupación. Todo esto lo sabe el motorizado al destacarse entre los demás habitantes del barrio que tienen que madrugar para hacer las largas colas y caminar distancias a pie. El sabe que en el barrio es alguien, mientras que en las calles de la ciudad es sólo un número más que tiene que luchar por su vida sacándole el cuerpo a alguno de esos locos que se disparan sobre cuatro ruedas.

EL MUNDO MODERNO

Así y todo, el motorizado se esfuerza por pertenecer al mundo moderno donde trabaja en esa suntuosa geometría de cristal donde sus jefes visten impecablemente y donde están empleados hombres y mujeres de buena educación y procedencia. En este ambiente no lo llaman "chamo" ni emplean los otros remos que se acostumbran en el barrio sino que le dirigen la palabra empleando el nombre propio, Enrique, Carlos, Antonio, Johnny. Se siente tratado con dignidad y distancia, que se acorta cuando ofrece los servicios extras de traer ca-

fé y emparedados de la panadería cercana. Y llega a ser el muchacho indispensable y simpático.

Las oficinas, por más suntuosas que parezcan, constituyen un pequeño mundo también, el mundo oficinesco, con sus menudas reglas de juego y las usuales evasiones a éstas. Establecido un nivel de confianza, pueden ocurrir episodios de trama más o menos complicada donde uno de los personajes principales es el motorizado, quien se caracteriza por su curiosidad y su inexperiencia. Ciertamente éste no es el caso cotidiano. Lo que más probablemente sucede es el roce casi inevitable del motorizado de oficio con otros que incursionan en el campo de la delincuencia. La fuerza de atracción que sobre él ejerce el mundo del delito está en proporción con el desarraigo de los valores culturales del barrio y con las vinculaciones superficiales con personas del mundo moderno.

UN DIA EN LA VIDA DEL MOTORIZADO

El día de trabajo es intenso. Sus tareas marchan contra reloj. Hay que entregar a tiempo el correo, la medicina. Hay que zigzaguear por la jungla de asfalto entre las manadas de fieras de cuatro ruedas y garra metálica. El policía hostiga intencionadamente. El peatón sin intención marcha distraído. Hay que estar "mosca"—rápidos movimientos de este insecto—cuando un peatón con prisas quiere atravesar la calle. Finalmente no sucedió nada. Sus comidas son de pie, junto al quiosco de la calle en compañía de trabajadores y pasantes. La noche es más apacible, a otro ritmo, recorriendo los centros comerciales solo o en grupo con otros, deteniéndose frente a las ventanas que despliegan la parafernalia del motorizado desde las calcomanías para adornar motos y cascos hasta el mono de cuero con muchos cierres corredizos de cremallera. Se hace un cálculo rápido. Todo eso está fuera de su alcance. Con suerte, tal vez más adelante. La noche tiene otro ritmo, es más señorial y va a su propio paso. Esta discrepancia entre el día y la noche la expresó metafóricamente el poeta César Vallejo: "Reanudo mi día de conejo, — mi noche de elefante en descanso". Son ahora cerca de las 11 de la noche, enfila su moto hacia el pie del cerro, y luego estruendosamente cerro arriba. Los vecinos optan por no darse por aludidos. La abuelita todavía despierta lo ve entrar, meter la moto y arrimarla junto a la pared detrás de la

puerta, dirigirse a pasos largos hacia el cuartico donde ya descansan sus hermanos. Después oye que caen la chaqueta, el casco y las botas y poco más tarde oye su respiración acompasada.

FIN DE SEMANA

Todos los días son así. Basta con describir uno. El fin de semana, especialmente el domingo, es diferente. El objetivo es Chuspa, vía Naiguatá. La chama viene también en el asiento de atrás. La moto se desplaza por el lado de la kilométrica cola a lo largo de la autopista y carretera del litoral. En vez de casco, cachucha playera. No falta el enorme radio grabador que a la llegada emitirá música estruendosa. Chuspa: sol, arena, música y la compañía de la chama. Esta muchacha de barrio le hace contrapeso a sus incursiones en el mundo de la modernidad. Ha cabalgado entre dos mundos: ¿A cuál de los dos pertenece? Le saca provecho a ambos, ciertamente, pero ¿hacia cuál tiende su sentido de pertenencia? ¿Prevalecerá el colectivo de los motorizados? ¿O se acabará de integrar al mundo nuevo de hombres y mujeres elegantes? ¿Buscará ascender en la escala de la modernidad? ¿O prevalecerá la chama y el chamito que traerá al mundo para que despeirte de los sueños de integrarse en la Caracas moderna? ¿Terminará en lo que siempre ha sido, una habitante más de barrio que lucha ahora por mantener su propia familia?

BREVE CICLO DE LA VIDA DEL MOTORIZADO

La vida del motorizado como tal es intensa, pero también es breve. Episódica, si se quiere. Ofrece posibilidades de bifurcarse y de diversificarse, pero sobre la moto se viven sólo pocos años. El oficio intenso de transportista en pequeño no puede durar mucho. La intensidad del trabajo impone sus límites de tiempo. Algo parecido se observa en los conductores de camionetas de pasajeros. Estos nuevos propietarios que trabajan de sol a sol terminan quemándose o achantándose, arrendando los transportes que han llegado a adquirir. El motorizado ciertamente no termina achantándose, (pantufas) pero sí asentándose (en un taller). El chamito que vino exige un puesto que no tiene la moto. El hogar pide asentarse. Y sobre todo ponerse a salvo del peligro de traumatismos graves a los que está expuesto. Breve es la vida del motorizado. Unos cuatro



años por término medio. Después de vender la moto a alguno de sus hermanos menores escoge alguna de las posibilidades que le ofrecen los contactos que le ha deparado el oficio; podrá ser detrás del mostrador de una venta de respuestos o quién sabe como chofer del encargado de relaciones públicas de la empresa.

LAS ACTITUDES. UN SALTO A LA EDAD MEDIA

El motorizado, nuevo caballero sobre ruedas, tiene algo de sus famosos predecesores del medioevo; de la época de los torneos, de la vela de armas y de los combates en defensa de los débiles. No sólo el semblante tenso en la carrera; también una disposición de servicio y sobre todo una actitud solidaria con el grupo (de motorizados) y de defensa frente a los "ángeles negros" el campo enemigo (en castellano: la policía motorizada). El jinete en el medioevo adquiría conciencia de pertenencia al grupo mediante la investidura otorgada en la ceremonia del espaldarazo. Con eso se sentía y era caballero entre los caballeros frente al enemigo oscuro y siniestro. De forma parecida el motorizado se siente otro —en relación a sus compañeros de barrio— consagrado por el motor y la velocidad, en constante riesgo de la vida y solidario con los suyos. En efecto, hay alguien caído, caballo y caballero, bajo las fauces del monstruo de cuatro ruedas; van llegando rápidamente los jinetes, rodean al monstruo, forman una muralla, presionan sobre el infeliz coleóptero que se oculta detrás del volante, rescatan al caballero herido y ponen a valer la justicia frente al atropello. Así actúan, solidarios, como un solo hombre. Sigamos. Puede suceder que muera el centauro. Los funerales son todo un rito: escuadras de motos en forma de V preceden el séquito mortuorio. La mirada más som-

bría que nunca, las facciones más tensas, las chaquetas oscurísimas, los flecos parodian pendones fúnebres. Los traseúntes se asustan entre la sorpresa y el temor. El colectivo solidario se expresa en este punto donde ha culminado trágicamente la amenaza siempre en acecho. Un compañero, representante del grupo ha caído en acción. El rito de despedida es solemne y majestuoso. Con transfondo de rabia y coraje. Es un rito protesta. Es un rito de participación que muestra que el riesgo de la lucha es compartida por todos. El resto del cortejo, tiene sabor de barrio. Los niños llevan las flores. Las muchachas, sobre todo una, lloran inconsolables. Gente del pueblo cierra rodeando y apretando a los familiares. Si la batalla se dio en la avanzada anónima y disgregada del modernismo, la última despedida está expresada con el lenguaje y los símbolos de la cultura tradicional de barrio: los amigos que prestan sus hombros, las mujeres su llanto, los hombres su avanzar pesadamente en silencio, sombrero bajo el brazo. ¿Y los motorizados en escuadras? También ellos, si bien uniformados, son hombres de barrio.

EL CONTRAPOLO. LOS "ANGELES NEGROS"

Son motorizados también, se distinguen por sus chaquetas antibalas, portan walky-talky y pistolas magnum en su cinturón, su uniforme es azul, beige o negro, las botas altas y el porte esbelto y preciso. Igualmente cabalgan entre la cultura de barrio del cual proceden y la cultura ciudadana representada por la institución policial a la que sirven. Igualmente tienen muchas cosas en común con los motorizados de oficio. ¿No es acaso tensa su expresión? ¿No se regodean con sus aparejos? ¿No cuentan con el apoyo solidario del grupo, bastando una simple llamada para obtener refuer-

zos? En ellos está también la conciencia de unidad que forman, el sentido de riesgo en medio de la jungla de asfalto en que se mueven. En algunos puntos se diferencian de los motorizados de barrio y es justamente sus relaciones para con el lugar de origen. En efecto, su vinculación con el barrio es como simples particulares, desprovistos de moto y de uniforme. En esa forma natural, pero clandestina referente a su oficio, hace que en realidad como persona se sientan del lado del barrio. Su vinculación con la moto es sobre todo funcional, así como su cercanía al mundo de las armas y de la defensa. Ellos saben que con ese uniforme y esas funciones están distantes del barrio e incluso a la fuerza enfrentados a éste. Entonces, si bien su pertenencia al mundo de la moto es tenue y transitoria, mirados desde la apariencia son motorizados de disfraz, como los "ángeles negros" de las películas de este estilo.

CONCLUSION

Producto de la ciudad en expansión, el motorizado no deportista sino el que utiliza la moto como instrumento de trabajo trata de asimilarse a la ciudad a la que desde afuera conoce de arriba a abajo. Una vinculación con las personas elegantes más allá del rol de mensajero encontrará malentendidos y la posibilidad de ser utilizado y manipulado. La integración con lo moderno no pasará de ciertos límites. Una cultura propia del motorizado, tal como se estiliza entre los motorizados deportistas alentados por el consumo especializado de este deporte y por la publicidad (motos como juguete, bandas como equipos que compiten entre sí) no es el caso entre estos muchachos de barrio, para los que lo principal es el trabajo, no el deporte. Para ellos el encuentro con el mundo moderno no pasa de ser superficial. Desde el barrio el motorizado despliega por la ciudad algunos signos de su cultura de origen: estar todo el día cubriendo distancias a cielo descubierto propio del nomadismo y de la cultura de los llanos, el mantenerse disponible propio de la cultura de barrio donde prevalece el compartir, y por último formar un grupo distanciado al mismo tiempo de los de a pie y de los que van en carro, recuerda a los llaneros pastores de ganado que se consideran a sí mismos diferentes de los simples trabajadores de la tierra. La fugaz permanencia del motorizado en las urbes recuerda el pasado nómada que se perpetúa en una ciudad tenida todavía como potrero.